

PRÓLOGO  
FABULOSO MOSAICO FAMILIAR  
Jesús Ruiz Mantilla

Dentro de este retrato de imágenes, palabras, rastros, me ha tocado a mí abrir fuego. Escribir un prólogo cuando el epílogo consiste en un puñado de poemas de Luis García Montero, viene a ser un compromiso. Los he escuchado varias veces de viva voz. Incluso he tenido el privilegio de leer alguno de ellos en público cuando varios de los implicados en esta *Suite Albéniz* tomábamos al asalto el valle de Laciana (montes de León) en torno a Rosa Torres-Pardo gracias a nuestro anfitrión y autor de la portada de este libro, Eduardo Arroyo. Lo tratábamos de llenar de música, poesía y fiesta perpetua, en una celebración intensa y anual de la amistad que nos reunió cada último fin de semana de julio durante dos décadas.

En ese festival, cuajado a lomos de un valle que fue cuartel de la Institución Libre de Enseñanza, sonaba mucho Albéniz. Rosa se encargó conscientemente de ello. Sobre todo cuando iba preparando la *Iberia* y nos la racionaba en pequeños bocados hasta que la pudimos escuchar completa en una de las interpretaciones ya de referencia. Finalmente la redondeó en esa versión siglo XXI que ella ha fijado en la estela de Alicia de Larrocha para un autor ultramoderno.

De ese pálpito –el de la modernidad, el de la puesta al día– nace esta *Suite Albéniz*, el libro de su bisnieto. Alfonso Alzamora ha trazado un mosaico familiar que pivota sobre cuarenta y dos imágenes elocuentes mediante un viaje íntimo. La figura de su bisabuelo lo guía como ese misterio irresoluble que son siempre los grandes hombres. Lejos de la hagiografía, Alzamora elige otra senda: la memoria familiar y personal, el apunte biográfico a medio camino entre las referencias de expertos, los documentos pertinentes, los testimonios fiables...

También el aliento poético. Y la honestidad ventilada con buen gusto en lo que me gusta calificar como transparencia literaria. Lo hace sin huir de las trampas que el principal escollo de Albéniz –él

mismo— deja en el camino. Las afronta con una muy sana naturalidad. Cuesta equilibrar alejado de la lealtad familiar esa constante maniobra de distracción que suponía la fantasía sobre sí mismo. Contrasta a menudo con la realidad que sus más eminentes biógrafos, caso de Walter Aaron Clark, han podido probar. Pero Alzamora lo logra con una elegancia asombrosa. Hace que el libro rezume autenticidad dejando patentes también las mentiras.

No fue Albéniz el niño polizón que hizo una gira por América escapándose de casa. Sí, el portento prodigio que con cuatro años debutó en el Teatro Romea de Barcelona. Nada indica que conociera a Liszt, pese a que presumiera de ello. Sí lo buscó insistentemente, por admiración, por pasión, como reivindicó en vida a varios de sus contemporáneos. También lo emuló tocando el piano de espaldas al teclado y con los ojos vendados en esas *jam sessions* que se marcaba improvisadamente en la época en que para sobrevivir, probablemente, descargaba equipajes por los muelles de Nueva York.

Mentir para salir adelante. Inventar para crear leyenda. Todo un pecado venial si pertenecemos a esa especie llamada humanidad. ¿Y en qué consiste una leyenda si no en un engendro de la realidad forjado para dar trabajo a los biógrafos? Viene a ser ese relato individual o colectivo que reta rigores futuros, pero fija, en muchos sentidos, verdades. ¿Qué es la Biblia si no una magistral leyenda que obliga a la cristiandad a no creer en hechos probados? Lo hace a cambio de mantener la fe sobre la fuerza de múltiples y asombrosos relatos improbables, donde la magia se mezcla con las grandezas, las pasiones y las miserias humanas.

No resulta nada desdeñable que el músico construyera su propia versión exagerada y absolutamente excesiva de su vida. Necesitaba un antídoto para evitar la frustración de los embates que como artista le propagó el destino. Y en ello resultó hasta visionario. Adivinaba el peligro. De ahí el empeño en huir de la etiqueta folclórica y apuntarse a la vanguardia europea sin renunciar al influjo de una raíz hispánica, aunque eso se le volviera a veces en contra.

La ausencia de reconocimiento como compositor de óperas que ambicionaban un lenguaje universal y que ni siquiera hoy hemos sido capaces de elevar a la normalidad del repertorio es otra prueba de sus temores. Un olvido en que pierden él y su más fiel aliado, el banquero Francis Money-Coutts, su leal patrocinador. El tándem que formaron merece un lugar prominente entre las quijotadas históricas, pese a que uno de los dos fuera algo tan alejado del espíritu cervantino como un financiero inglés.

Para verdades, nos queda su música. Y su música es la certeza de una vigencia adelantada a su tiempo. El impulso coherente en su diversidad que lo convierte en un genio emparentado en estilos y en fe con Wagner, Debussy y Janáček a la vez. Aunque, pobre de él, legado del sur.

*Suite Albéniz* aparece como una más que adecuada reivindicación en ese sentido. Pero resulta a la vez un gran libro, escrito con aliento de modernidad literaria. Es ahí donde, sin que apenas deje notarse, Alfonso Alzamora reivindica de la manera más fiel la figura de su bisabuelo. A través de las pertinentes fotografías, este acertadísimo mosaico literario salta de los rastros familiares al relato puesto al día. Lo hace, como dije antes, con transparencia, dejando ver cómo y por qué se va construyendo la obra a cada paso.

Con ingredientes de diario íntimo, sin renunciar a aportar historias del pasado imbricándose de manera constante en una mirada del presente. Certificando la perpetua condena a un innmercido y continuo ostracismo de su bisabuelo con pruebas a la vista y salvando de la quema a quienes contribuyen a reivindicar su importancia. Son los músicos, ante todo: de Alicia de Larrocha a Luis Fernando Pérez, Miguel Baselga, Guillermo González, Rosa Torres-Pardo o el director José de Eusebio –que se centró en el encomiable esfuerzo tan titánico como medio naufrago de recuperar sus óperas...–, pero también los estudiosos y los mecenas que como Paloma O’Shea crearon una fundación con su nombre para elevar el nivel de la educación musical en España.

Y también una familia que lo ha ido reivindicando en ramas francesas, madrileñas y catalanas. Incansablemente. Pese a los desprecios, pese a la ignorancia, pese a las etiquetas. Un legado en el que cabe ahora este libro para demostrar entre paradojas, condenas y batallas ganadas y perdidas al tiempo, la grandeza de don Isaac.

¿Quién fue? ¿Qué logró? Pero, sobre todo, ¿cómo se rebeló ante lo no logrado? A mi modo de ver, un músico con carácter. Un políglota cosmopolita, empeñado en emparentar a la música española con la gran familia europea como una más en ese gran mosaico universal del arte sin fronteras. Cuenta Alzamora que al morir en Cambolles-Bains (Francia), en 1909, con tan solo cuarenta y ocho años, Albéniz lanzó al aire una pregunta: ¿Habría sido útil mi esfuerzo? Su bisnieto la deja en el aire. Pero tras leer el magnífico homenaje que le rinde aquí no cabe otra que decir... Desde luego, maestro. Quede usted tranquilo.